



## LA CONDICIÓN DE LA MUJER (1)

Queridas hermanas,

Este número de INFO, nos ofrece testimonios comunitarios sobre la segunda de nuestras prioridades pastorales: LA CONDICIÓN DE LA MUJER. El último capítulo general no quiso cerrar los ojos al problema de discriminación que sufren muchas mujeres en nuestras sociedades — del que nosotras, mujeres consagradas, no hemos estado siempre exentas — y quiso instalarlo al centro de nuestra misión, para que sigamos intensificando el compromiso con las mujeres más vulnerables de nuestro entorno, sumándonos a la lucha contra este menoscabo.

No podemos ignorar la discriminación, explícita e implícita, que existe contra la mujer. Hay leyes discriminatorias y costumbres que postergan a las personas de acuerdo a su género; y tradiciones según las cuales predomina el varón sobre la mujer, rebajando en su dignidad a la mayoría de las personas del mundo. No hablamos solo de la violencia de género, física o verbal, en contra de las mujeres, lo que conocemos de cerca, en muchos casos, y al menos por la prensa y la televisión, en otros. Pensamos en derechos que no se respetan, en prácticas que excluyen, en una discriminación que está institucionalizada, en muchos casos.

Nuestras tareas pastorales y compromisos apostólicos, se dirigen, muchos de ellos, a mujeres vulnerables y vulneradas, a su promoción, acompañamiento y formación. Lo leeremos en las páginas siguientes.

La hermana Teresa Maya CCVI, nos invitaba en la Asamblea de la UISG, hace pocos días, a hacer memoria de las mujeres de nuestra historia eclesial, para “aprender sobre nosotras mismas dialogando con sus historias”. Ella nombraba a Sor Juana Inés de la Cruz y a Catalina de Siena que encabezan una letanía de mujeres, convencida de que “el sacramento de la memoria las volverá una presencia real en nuestro mundo de hoy”. Nos exhortaba a contemplarlas en este tiempo, y decía: “¿Quiénes

son esas mujeres en cada continente que ustedes recuerdan, cuyos nombres deben mencionarse e invocarse en este momento?”

Podemos pensar, también, en aquellas más anónimas, que encontramos en el camino de la vida, y que nos ayudaron a darle sentido al sufrimiento y al esfuerzo, y compartir el ejemplo de esas madres, abuelas, profesoras, vecinas, que nos enseñaron a luchar por lo que nos hace más libres y a desechar lo que nos oprime. En la familia, en la Iglesia y la congregación, en los barrios donde hemos vivido, en medio del pueblo sencillo, hemos visto pasar a tantas mujeres que con su vida nos hablaron de sus batallas y sus esfuerzos por vivir de pie y levantar a otras. “Necesitamos recordarlas, hacerlas presente en la situación actual de la Iglesia, nos decía la hermana Teresa, no porque queramos un lugar en la mesa del clericalismo, sino porque estamos llamadas a buscar que la Iglesia se integre holísticamente”.

Nuestra misión en este tiempo nos impulsa a participar en la lucha por la dignidad de las mujeres, porque queremos una vida más humana. Reclamamos una igualdad de dignidad y derechos que le dará al mundo, a la Iglesia, a las familias y a los grupos humanos una armonía necesaria a la paz, a la justicia, al buen trato, a la compasión, la ternura y al amor en el mundo. Tenemos el testimonio insigne de que Jesús, desafiando las costumbres de su época, tuvo hermosos encuentros con mujeres que quedaron plasmados para la posteridad y que nos animan a gastar la vida para que la dignidad de todas las personas del mundo sea reconocida, respetada, asegurada...